

aún quedan en los alfares de la comarca, sobresaliendo, por su amplitud y características especiales, la cantarería de la Mota, ejecutada exclusivamente por unas mujeres maravillosas, trabajadoras y buenas, que atienden esta labor durante toda su vida, a la vez que cuidan de su casa y crían a los hijos alrededor del rodillo, que es como se enseñan, con la ayuda progresiva a la madre hacendosa. Espléndida, extraordinaria ejemplaridad la de la cantarera moteña, reclusa siempre en su rincón y nunca ociosa, dando ejemplo perenne de honestidad, laboriosidad y amor santo a las buenas costumbres, conformidad con las obligaciones de la vida, aceptadas de grado y con buen humor y renuncia espontánea a los atractivos mundanos. Es admirable contemplarla en cualquier portalete de su casa ensimismada en su trabajo, sola, urdiendo cántaros o macetas, una tras otra, que va dejando a su alrededor, como crías desprendidas de su seno en una maternidad multiforme y continua, que, lejos de esquilmarla, la mantiene frondosa e ilusionada, porque se recrea en su obra.

Aún siendo a mano, el trabajo de la cantarera difiere del del ollero, como difiere el rodillo del tabanque, pero ambos artesanos se concentran y se les ve el cuidado y la idea con que ejecutan el trabajo, más el alfarero, que pone en juego su cuerpo, sus brazos y manos en un movimiento de



Este grupo de cantareras tiene cierto tufillo de preparación y falta de naturalidad, de querer abarcarlo todo en poco espacio, pues la cantarera suele trabajar sola y hacerlo todo ella, menos cocer. Se trata del portal de la Santiago de Pulla y en él están, de izquierda a derecha, la Teresa la Pulla, sentada detrás de la pisa que está esgorullando y sus hijas Santiago, que está bocando; Alfonsa, la hornera de la Sendilla, que está aluciando y la Primitiva de Colín que está esgorullando también y tiene delante el montón de barro esgorullado.